

RUBEN DARIO Y LA LITERATURA INFANTIL

POR

CARMEN BRAVO-VILLASANTE

Nicaragua es tierra de poetas. No exageramos si decimos que antes de Rubén Darío (1867-1916), el gran poeta nicaragüense, no había nada en la literatura infantil, y después, todo. Los poetas como Rubén Darío son de tales dimensiones, que su sombra se proyecta sobre la tierra que le crió, cobijando toda la poesía.

Unicamente el folklore nicaragüense, alegre y pintoresco como todas las manifestaciones populares iberoamericanas, existía para los niños. El niño Rubén, sin duda, escuchó los cantares y corridos de su país, y oyó también la literatura que transmitían los viejos a los jóvenes, y guardó en el recuerdo los relatos de Juan Bueno y Juan Bobo, hasta que empezó a leer los libros españoles y se entusiasmó con los versos de Zorrilla y los poemas de Espronceda, y más tarde, con Campoamor y Núñez de Arce, maestros de su juventud y de muchos niños nicaragüenses, que además se habían instruido con las fábulas de Iriarte y Samaniego.

En el libro de *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*, entre los recuerdos del poeta está el de su tío-abuelo el coronel Ramírez. «Por él aprendí pocos años más tarde a andar a caballo, conocí el hielo, los cuentos pintados para niños, las manzanas de California y el *champagne* de Francia.» Todo ello extraordinario, al parecer del pequeño, porque si no había visto nunca el hielo, ni las hermosas manzanas o la bebida exquisita, tampoco le era familiar literatura infantil impresa tan divertida como la de Rafael Pombo, al que, sin duda, hace alusión en los de «cuentos pintados».

Y poco después añade, al hacer inventario de sus lecturas infantiles y de los relatos que oyó: «Me contaban cuentos de ánimas en pena y aparecidos los dos únicos supervivientes: la Serapia y el indio Goyo», y refiere cómo la madre de su tía-abuela le hablaba de un fraile sin cabeza, de una mano peluda, que perseguía como una araña. Todos le infundían miedos con tradiciones y consejas extrañas, que le producían pesadillas.

«En un viejo armario encontré los primeros libros que leyera. Eran un *Quijote*, las obras de Moratín, *Las mil y una noches*, la Biblia;

los *Oficios*, de Cicerón; la *Corina*, de madame Staël; un tomo de comedias clásicas españolas y una novela terrorífica de ya no recuerdo qué autor, *La caverna Strozzi*. Extraordinaria y ardua mezcla de cosas para la cabeza de un niño.» Como el *champagne* y la literatura infantil.

El niño precoz que fue Rubén Darío hacía versos, que encerraba en una granada, y cuando pasaba la procesión del Domingo de Ramos de Semana Santa, la granada se abría y caía una lluvia de versos. A los catorce años ya era conocido en las repúblicas de Centroamérica como «el poeta niño». El mismo nos dice cómo por esta época escribía artículos políticos en el periódico *La Verdad*, de León, y cómo se encantaba «con la cigarrera Manuela, que, manipulando sus tabacos, me contaba los cuentos del príncipe Kamaralzamán y de la princesa Badura, del Caballo Volante, de los genios orientales, de las invenciones maravillosas de *Las mil y una noches*... Yo escuchaba atento las lindas fábulas, en la cocina, al desgranar del maíz.»

Los relatos de *Las mil y una noches* deslumbraron al niño poeta, al niño prodigio, que jamás olvidaría la magia oriental de estas narraciones fantásticas. Todavía en su artículo titulado «Parisina, *Joli Paris*» Rubén confiesa el descubrimiento asombroso de este libro:

«Uno de los primeros libros que despertaron mi imaginación de niño: *Las mil y una noches*. Uno de los preferidos libros que actualmente releo con invariable complacencia: *Las mil y una noches*. Allí concebí primeramente la verdadera realeza, la absoluta, la esplendorosa. Allí se me aparecieron, allí —y en los "nacimientos" o "presepios", con Melchor, Gaspar y Baltasar—, los verdaderos reyes, los reyes de los cuentos que empiezan: "Este era un rey..." Reyes de Oriente, magos extraordinarios; reyes que tienen jardines donde vagan, libres, leones y panteras, y en que hay pájaros de dulce encanto en jaulas de oro.»

Desde entonces Rubén comienza a usar el adjetivo «miliunanochesco», neologismo de su invención; habla de una «voluptuosidad miliunanochesca», de «hechizos miliunanochescos», y el adjetivo es sinónimo de algo extraordinario, refinado, exquisito, íntimamente unido al libro que le fascina, y cuando se dirige a los niños, siempre hijos de sus amigos, rememora el acento de *Las mil y una noches* para sus cuentos e historias mágicas.

La literatura infantil para Rubén Darío siempre es fantasía y magia, mundo fabuloso que viene del Oriente.

En «Un cuento para Jeanette», el poeta, como un viejo mago, advierte a la niña que es un cuento crepuscular que debe escuchar en silencio, «pues si intentas abrir los labios, volarán todos los papemo-

res del cuento». Con este conjuro para concitar la atención de la niña, equivalente a los matutines chilenos cuentísticos o a las fórmulas iniciales propiciatorias de todos los narradores del mundo, Rubén, que ha asombrado la imaginación infantil con esos raros e inusitados papeletes, comienza el relato, al estilo de *Las mil y una noches*, y evoca la historia del rey de Belzor, en las islas Opalinas, más allá de la tierra de Camaralzamán. La hija es la princesa Vespertina, el lucero de la tarde, que desea casarse con el príncipe rojo, el Sol. Cuando la princesa va al encuentro del príncipe y se junta con él, ella desaparece, ya que el lucero vespertino cede a la luz del día luminoso.

Es natural que Rubén Darío sintiese la fascinación de los relatos orientales. En *Las mil y una noches* estaban todos los elementos caros a los poetas modernistas: fantasía sin límites, exotismo, belleza de gema, aristocratismo, y la extrañeza de lo fabuloso: cuento de hadas y de genios, maleficio y hechizo.

La literatura infantil era para Rubén un relato portentoso, aventura maravillosa o milagro religioso. La literatura infantil en el círculo mágico del poeta modernista se alimentaba de hadas, elfos, encantadores, reyes, príncipes y princesas y acontecimientos extraordinarios. Lo vulgar y lo prosaico estaban desterrados de esta literatura, y el poeta se dirigía a sus pequeñas amigas como oyentes o lectoras que podían comprender mejor que nadie toda la maravilla de sus palabras y figuraciones. Al mismo tiempo, Rubén hallaba en los cuentos antiguos de niños tanta cosa común con su credo artístico, que más de una vez aprovechaba el material que éstos le ofrecían para la creación literaria de adultos. La Bella durmiente del bosque, la Cenicienta, frases de Barba Azul, aparecen frecuentemente en sus relatos.

Como Rubén había leído tanto, las nuevas lecturas se combinan con la primitiva impresión del gran libro de *Las mil y una noches*. El mismo dice que a los catorce años, al darle un empleo en la Biblioteca Nacional, se dedicó vorazmente a la lectura: «Allí pasé largos meses leyendo todo lo posible, y entre todas las cosas que leí, ¡horrendo referens!, fueron todas las introducciones de la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra y las principales obras de casi todos los clásicos de nuestra lengua»; de tal modo que, mucho más tarde, puede añadir con razón en la *Historia de mis libros*: «Al escribir *Cantos de vida y esperanza*, yo había explorado no solamente el campo de poéticas extranjeras, sino también los cancioneros antiguos, la obra ya completa, ya fragmentaria, de los primitivos de la poesía española...»

El arte oriental de *Las mil y una noches*, transvasado a Europa e injertado en las narraciones célticas de los libros de caballerías, sin

duda debió de atraer al joven lector, y hará que después, cuando se dirija a la infancia y a los jóvenes, siga usando la fórmula milinocoesca, aunque ya unida a la caballerescas medieval.

El tópicos del rey y las princesas que tienen que elegir pretendientes aparece repetidas veces en los cuentos de Rubén Darío. En el relato titulado «Este es el cuento de la sonrisa de la princesa Diamantina», dedicado a mademoiselle J. ... [será acaso la misma Jeanette de «Un cuento para Jeanette» (?)], las princesas ven desfilar príncipes y caballeros esplendorosos ante el trono y eligen maridos aristocráticos y poderosos. Únicamente la menor, la princesa Diamantina, queda hechizada ante la presencia luminosa de Heliodoro, el poeta, que escoge como esposo.

La magia de la poesía del lenguaje de Rubén, el poeta, pertenece al mundo mágico de los cuentos de hadas, de la *féerie* oriental pasada por Francia y por el Medievo español y un *Flos Sanctórum*, que entronca con los relatos de los códices. Así nace el «Cuento de Navidad. Historia prodigiosa de la princesa Psiquia. Según se halla escrita por Liborio, monje, en un códice de la abadía de San Hermancio, en Iliria». Escrito en un arcaico lenguaje medieval, al estilo de las narraciones e historias de caballerías, con una enorme influencia de *Las mil y una noches*, Rubén Darío nos hace la «Descripción de la beldad de Psiquia y de cómo su padre inició a la princesa en los secretos de la magia» y «De los varios modos que el rey empleó, para averiguar la causa de la desolación de la princesa, y cómo llegaron tres reyes vecinos».

Ya no sabemos si Rubén Darío escribe para los niños, para los adultos o para sí mismo. Lo cierto es que se recrea en el maravilloso relato, tópicos de la literatura infantil tradicional: el rey con la hija triste, a la que hay que consolar dándole marido, que ha de venir desde lejanas tierras. El fragmento que copiamos a continuación puede dar idea de la reelaboración rubeniana del tema:

Y como el soberano pensase ser cosas de amor las que tenían absorta y desolada a la princesa, mandó a cuatro de sus más fuertes trompeteros a tocar en la más alta de las torres de la ciudad, y hacia el lado que nace la aurora, cuatro sonoras trompetas de oro... Y poco a poco fueron llegando. Primeramente, un príncipe de la China, en un palanquín que venía por el aire y que tenía la forma de un pavo real, de modo que la cola, pintada naturalmente con todos los colores del arco iris, servíale de dosel incomparable, obra todo de unos espíritus que llaman genios. Y después, un príncipe de Mesopotamia, de gallardísima presencia, con ricos vestidos, y conducido en un carro lleno de piedras preciosas, como diamantes, rubíes, esmeraldas, crisoberilos, y la piedra peregrina y brillante dicha carbuncló. Y otros príncipes del país de Golconda, también bellos y dueños de indescripti-

bles pedrerías, y otro de Ormuz, que dejaba en el ambiente un suave y deleitoso perfume, porque su carroza y sus vestidos y todo él estaban adornados con las perlas del mar de su reino, las cuales despiden aromas excelentísimos como las más olorosas flores, y son preferidas por las hechiceras, nombradas hadas, cuando hacen como madrinas, presentes en las bodas de las hijas de los reyes orientales. Y luego, un príncipe de Persia...

La tristeza de la princesa no proviene de amor profano, sino de amor divino, y sólo el santo Tomás le susurra el nombre del verdadero Dios, y la princesa muere feliz conociendo el secreto.

Esta historia, que comenzaba oriental, Rubén la desvía, entrecruza, con su enorme capacidad para lograr híbridos literarios, el que es discípulo de múltiples influencias, hasta convertir en un relato de amor místico.

La magia del hechizo oriental cede el paso al milagro del cristianismo en el «Cuento de Nochebuena», con reminiscencias de las *Cantigas* de Alfonso X. Es la historia del hermano Longinos de Santa María, que el día de Navidad estaba en la aldea y se le hizo tarde. Como al regresar equivoque la senda y se encuentre ante el pesebre del Nacimiento con los tres coronados Magos con sus ofrendas, el pobre clérigo, desde el fondo de su corazón, ofrece al Niño sus lágrimas y sus oraciones, y el milagro resplandece cuando los reyes de Oriente ven brotar de los labios de Longinos las rosas de sus oraciones y los brillantes de sus lágrimas, por obra de la magia del amor y de la fe.

Más tarde Rubén volverá a tratar el mismo motivo en su conocidísimo poema, o leyenda religiosa, *La rosa niña*, que se transformó en rosa para ofrendarse al Señor, dedicada a mademoiselle Margarita M. Guido. Las bellas leyendas hagiográficas atraerán al poeta por lo que tienen de elemento sobrenatural y milagroso, junto con la belleza de la espiritualidad. «Los motivos del lobo», que relatan un episodio de la vida de San Francisco de Asís, y que es lugar común de las recitaciones infantiles escolares, nos trasladarán a un mundo lleno de posibilidades milagrosas, donde el más allá toma formas de realidad. Así hay que clasificar «La leyenda de San Martín», patrono de Buenos Aires, que el poeta ha tomado al vagar por «los jardines áureos de Jacobo de Vorágine».

Rubén Darío escribe explícitamente para los niños, mejor dicho para las niñas, a las que dedica sus poemas y baladas. Es una forma galante de dedicatoria, en aquel tiempo en que era costumbre escribir en los álbumes y en los abanicos. A las niñas, pequeñas mujercitas, dulces niñas amigas suyas, el poeta las adora, y tiernamente quiere

entretener. Para la niña Margarita Debayle, hija de su amigo, el doctor Debayle, Rubén escribe el poema refulgente de orientalismo y fantasía. Y el «Pequeño poema infantil», dedicado a Carmencita Calderón Gomar, es un prodigio de temas infantiles que hallarían fácil resonancia en la niña maravillada.

A este poema puede aplicarse el comentario que el mismo Rubén Darío hizo a su cuento «El velo de la reina Mab»: «Mi imaginación encontró asunto apropiado. El deslumbramiento shakesperiano me poseyó y realicé por primera vez el poema en prosa. Más que en ninguna de mis tentativas, en éste perseguí el ritmo y la sonoridad verbales, la transposición musical, hasta entonces—es un hecho reconocido—desconocida en la prosa castellana, pues las cadencias de algunos clásicos son, en sus desenvueltos períodos, otra cosa.»

Titania, Oberón y, sobre todo, el duendecillo Puck británico entran a formar parte del séquito de la Fantasía, con sus hadas. Pero sobre todo en la «Balada de la bella niña del Brasil», Ana Margarida, es donde vemos el total conocimiento que Rubén Darío tenía de todos los clásicos y figuras de la literatura infantil, pues hace alusiones a los pequeños protagonistas de *El pájaro azul*, de Maeterlinck, obra teatral destinada a los niños, y a la famosa ilustradora inglesa de libros infantiles:

.....
*para mí es Ana Margarida,
la niña bella del Brasil.
Dulce, dorada y primorosa,
infanta de lirico rey,
es una princesita rosa
que amara a Katy Grenaway.
Buscará por la eterna ley
el pájaro azul de Tyltil,*
.....

La capacidad cuentística de Rubén se manifiesta en otros cuentos que pueden servir para la infancia por su brevedad y su intención didáctica. Así «El nacimiento de la col», publicado en *La Tribuna*, de Buenos Aires, en 1893, en el que se opone la belleza de la rosa al utilitarismo de la berza, y el poeta lucha contra la vulgaridad de lo prosaico, y el cuento titulado «Las pérdidas de Juan Bueno», que vio la luz en 1892 en *El Heraldo*, de Costa Rica. Este cuento, inspirado en el folklore, nos da idea de la variedad narrativa de que era capaz Rubén, desde el relato maravilloso de fantasía hasta el cuento popular, si bien ésta no fuese la clase de cuento adecuado a su estilo.

Rubén Darío, como Martí, Gabriela Mistral, Horacio Quiroga, Juana de Ibarbourou y tantos grandes escritores de Iberoamérica, enriqueció la literatura infantil al poetizar y cantar para los niños. El, dueño de la mayor riqueza verbal que haya podido poseer nunca un poeta, sencillísimo también cuando quiere despojarse de pompa retórica y hablar muy claro, demuestra al escribir para las niñas, sus amigas, que es un verdadero poeta, como aquella verdadera princesa del guisante del cuento de Andersen, de tan extraordinaria sensibilidad.

CARMEN BRAVO-VILLASANTE
Avenida de América, 10
MADRID